

"dencias que publica en beneficio del Estado, estableciendo el buen orden y promoviendo de todos modos nuestra felicidad en medio de los peligros que nos rodean, cada día los confunde mas; pero como ahora se acaba de publicar el decreto para la restitucion del ilustrísimo señor arzobispo don Juan Bautista Sacristan, no podemos resistir la emocion que nos causa una resolucion tan santa, tan útil y necesaria á la iglesia y al Estado. No nos arrepentimos de haber concurrido con nuestros votos á que V. E. se mantenga en la presidencia con la independencia y absoluta facultad que se le ha concedido, para que sin trabas ni inconvenientes que podrian entorpecer las sublimes ideas que producen las relevantes prendas con que Dios le ha dotado para dirigir nuestro gobierno con tanto acierto. Nos congratulamos con toda la seguridad de tener y obedecer á un jefe que sin duda el cielo lo ha destinado para que nos conduzca, proteja y consuele en tiempos tan calamitosos. Así, no cesamos para manifestar á V. E. nuestro reconocimiento, de rogar continuamente al Señor le dé luces, acierto y salud para poder cumplir con las árduas obligaciones de su dignidad y que le guarde la vida los muchos años que el Estado para su seguridad y tranquilidad necesita." (1)

El 17 del mismo mes se reunió el cabildo eclesiástico para providenciar, en virtud del decreto del gobierno, y el canónigo magistral doctor Andres María Rosillo, que, á manera de Pedro despues de su caída, era el primero en actividad y celo por todo lo tocante á su divino Maestro, lleno de esperanzas y de entusiasmo propuso se nombrasen comisionados para que, con el dinero suficiente y los pliegos del caso, marchasen inmediatamente á la Habana á traer al arzobispo. Los demas capitulares participaban del mismo fuego, ménos los señores don Juan Bautista Pey, don Fernando Caicedo y don José Domingo Duquesne, que manifestaron no tener fe en el éxito del negocio, seguramente porque traslucian que esto no era mas que un golpe de política por razon de las circunstancias. Ellos dieron su voto negativo; mas como la mayoría aprobó la proposicion, quedaron citados para el nombramiento de la comision, luego que el magistral Rosillo tratara con el presidente Nariño sobre ciertos puntos que debian allanarse relativamente al modo como debería negociarse con el arzobispo acerca del reconocimiento del gobierno, lo cual no pudo hacerse por entónces á causa de la marcha de Nariño con la expedicion para Tunja. (2)

La providencia de Nariño llenó de alegría y entusiasmo á todo el pueblo, y la causa de Nariño era ya la causa de la religion. Todo lo del año anterior parecia olvidado: pretensiones sobre la renta de diezmos por novenos de consolidacion; sátiras de *La Bagatela*; todo parecia borrado con el decreto á favor del arzobispo, porque el pueblo siempre se decide por las últimas impresiones que siente favorables. ; Cuántas veces se han visto burlados los verdaderos conservadores por los fingidos protectores de la religion! Todos iban á ofrecer sus servicios á Nariño, estando para partir con la cuarta expedicion al norte. Los españoles residentes en la capital,

(1) Los prelados firmados eran: fray Francisco de P. Ley, prior provincial de predicadores; fray Nicolás Bermon, provincial de menores; fray Custodio Forero, prior provincial de agustinos calzados; fray Antonio de los Dolores, provincial de agustinos descalzos; fray Juan José Marchan, provincial de hospitalarios de San Juan de Dios; fray Salvador de Alcoy, vicario de capuchinos; fray José María Franqui, guardian de San Diego.

(2) Libro de actas del cabildo metropolitano; acta del 17 de noviembre de 1812.

se presentaron al gobierno diciendo que, estando unida su propia suerte á la de los demas ciudadanos del Estado, y ligados con ellos por los vinculos de la sangre, religion é intereses, cuando la patria se veia amenazada por algunos hijos ingratos, y que el honrado pueblo de Santafé se veia en peligro de ser atacado por las tropas de Tunja y el Socorro mandadas por Baraya, deseando mostrar su gratitud al gobierno que se desvelaba por mantener la tranquilidad pública y particular, ofrecian alistarse formando una compañía de acaballo, armándose y manteniéndose á su costa, para que se les emplease en la defensa y custodia de la ciudad. Nariño contestó dándoles las gracias y admitida la oferta, se formó la compañía que hacia patrullas por la noche.

Los federalistas han dicho que la historia siempre haria cargo á Nariño de haberse servido de los españoles en la guerra civil, porque ellos no prestaban sus servicios de buena fe, sino, con ánimo de fomentar la division, y de que triunfara la causa de Nariño para que no tuviese efecto el sistema federal que debia salvar el pais. Nosotros creemos todo lo contrario; y si hubiéramos de juzgar de las intenciones de esos españoles diriamos, que al desear que no triunfara la federacion estaban en contra del triunfo del gobierno español, porque si alguna cosa habia favorable á este triunfo en aquella época, era la federacion; porque, si como se estableció un gobierno federativo, se hubiera establecido un gobierno central fuerte y vigoroso, es seguro que los españoles no habrian triunfado tan fácilmente; no habiendo tenido ocasion las guerras de *soberanías*.

Ademas, hemos visto mil ejemplos de españoles que se han sacrificado por la causa americana. El general José Ramon de Leiva fué uno de ellos. No hay para qué decir que el general Bolívar admitió al servicio de la república á muchos jefes y oficiales españoles.

Antes de partir Nariño para Tunja nombró una junta de gobierno para atender en Santafé á los negocios del orden económico interior, inter el volvia. Fueron nombrados los señores don Felipe Vergara, don Juan Dionisio Gamba, don José Ignacio Sanmiguel, don Manuel Camacho Quesada y don José María Arrubla (21 de noviembre.) Tambien dispuso Nariño, antes de partir, proveer de dinero, armas y pertrechos al comandante don Luis Riéux para reforzar el destacamento de Simití costeado hacia mucho tiempo por Cundinamarca.

La expedicion para Tunja salió de Santafé el 23 de noviembre llevando por jefe militar al brigadier don José Ramon de Leiva. (1)

Entre tanto, el congreso no creyéndose bien seguro en Leiva se trasladó á Tunja. Baraya al saber la marcha de Nariño dispuso su campo cercado esta ciudad en la quebrada de Barona, con atrincheramientos dirigidos por el

(1) No estará por demas consignar aquí los nombres de los individuos que componian la plana mayor de esta expedicion.—General don José R. de Leiva; cuartel maestre, don Francisco García Olano; mayor general, teniente coronel graduado don José M. Berrueco; ingeniero, el capitán don José Pio Domínguez; comandante de artillería, don Mariano Alvarez; vicario castrense, don Ignacio Tórres; ayudantes del general, don Pedro Nuñez y don Bernardo Pardo; de campo, don Antonio Ricaurte y don Meliton Ortiz; del cuartel maestre, don Pedro Chipia y don Francisco Silvestre; del mayor general, don Antonio Castillo y don Gabriel Rodríguez; conductor de equipajes, don Pedro Hinestrosa; ministro comisario de hacienda, don Domingo Nieto; proveedores, don José Antonio Mendoza y don Miguel Posadas; auditor de guerra, doctor don Miguel Tovar; ayudantes del presidente, don José Arjona y don Carlos Ortega.

ingeniero don Francisco José de Córdas y por el coronel don Manuel Castillo. Allí se situó el grueso del ejército, y una columna de quinientos hombres avanzó hasta Ventaquemada, con alguna artillería, al mando del brigadier don Joaquín Ricaurte. Las fuerzas de Nariño avanzaron rápidamente sobre Ventaquemada de donde se retiraron las de la vanguardia de Baraya hasta el alto de la Virgen. Aquí se reunieron con el resto del ejército, que fué atacado el 2 de diciembre á las 4 de la tarde por las tropas de Nariño. Empeñado el combate duraba indeciso hasta las seis de la tarde, en cuya hora, estas últimas intentaron un movimiento en retirada ácia Ventaquemada, para pasar allí la noche y continuar las operaciones al romper el día. Pero al intentar la retirada les cargaron con violencia las de Ricaurte; y como una gran parte de la tropa de Nariño era de reclutas, entraron en desorden, de que se supo aprovechar el enemigo. Empezaron á desbandarse los soldados y apoderándose del campo la confusión, ya no fué posible sostenerse, quedando victoriosos los de Ricaurte, con muchos prisioneros que hicieron, todo el parque y equipajes. En el campo de Nariño quedaron cuarenta soldados muertos. En el de Ricaurte hubo ménos; pero la pérdida que tuvo en el valiente capitán José María Portocarrero, muerto de un balazo, valió por muchos. El general Leiva, á fuerza de valor y habilidad militar, logró contener la dispersión y retirarse en orden con casi toda la infantería. Un escuadrón de orejones de los pueblos, que estaba á retaguardia, no paró esa noche hasta Santafé, con tan precipitada carrera que por el camino dejaron un largo reguero de ruanas y pellones, de que entónces usaban sobre la silla. Nariño voló también ácia la capital, á impedir el trastorno que pudiera originar la noticia de su derrota, porque los *carracos*, á pesar del pueblo que tenían en contra, y á pesar del temor que les imponía el tribunal de seguridad pública, que habia dejado establecido Nariño con un buen reglamento, siempre trataban de aprovechar las ocasiones favorables para alzar la cabeza.

Inmediatamente despues de llegar á Santafé el general Leiva con la tropa, empezó Nariño á organizar fuerzas de milicias con este general y con el francés Bailly, que se mostró entusiasta por la causa del gobierno. La cosa era ya muy seria, tanto por la fuerza moral que habia adquirido el partido del congreso con la derrota dada á las tropas de Nariño, como por la fuerza física á que se habia hecho, con pérdida de Cundinamarca, porque sobre la que habia tenido con la defecion de la division de Baraya ahora contaba con la pérdida de la gente, armas y municiones de Paloblanco y Ventaquemada. Empezaron á hacerse fortificaciones de espeldon y fosos en los campos de San Diego, San Victorino y las Cruces, como que eran las principales entradas de la ciudad. Se puso también un destacamento con artillería en Monserrate, cerro de mucha altura, desde cuyo pié se estiende la ciudad de Santafé de oriente á occidente.

Baraya se puso en marcha sobre Santafé despues de muchos días de la derrota de Ventaquemada, lo que dió tiempo á Nariño para fortificarse y organizar sus fuerzas. Seguramente detuvo Baraya el golpe, que debia haber dado incontinenti sobre Santafé, por asegurarlo con mas fuerzas; pero lo habria asegurado mas, aprovechándose de la debilidad, desorganización y desaliento en que habia quedado su enemigo, que con el aumento de sus fuerzas; porque en la balanza de la guerra vale mas lo que se quita del plato contrario que lo que se aumenta al propio. Marchó en fin, para Santafé con cinco mil hombres, de los cuales ochocientos eran veteranos ague-

rridos de los que habian hecho con Baraya y Girardot la campaña del sur; lo demas se componia de milicias de los pueblos y montoneras mal armadas entre las cuales venian cuantos bagamundos y facinerosos atrajo la idea del pillaje; muchos no traian mas armas que garrotes y hondas para lanzar piedras. De los ochocientos veteranos trescientos eran del antiguo batallón *Auxiliar* que habia marchado con la segunda expedición al norte, cuyo comandante era Atanasio Girardot, el mas valiente, acaso, de los militares de la época. Venian con Baraya el doctor Custodio García Robira, presidente del Socorro, y don Juan Nepomuceno Niño, de Tunja; cada uno con las milicias de los pueblos de su mando: los diputados al congreso, Ordóñez y Hóyos; todos cuatro formaban la comision política del congreso, encargada de las negociaciones, que no tenían intenciones de atender desde que se creyeron mas fuertes que Nariño. También traia esta comision el encargo de organizar el gobierno de Cundinamarca luego que triunfasen, lo cual no dudaban; como si el congreso general hubiera estado facultado para dar gobierno á los *Estados soberanos*.

El general de la Union pensó poner sitio á Santafé, y el 24 de diciembre extendió su línea desde Usaquen, Suba, Fontibon, Bosa y Tunjuelo, por la sabana, y por lo alto, ocupó despues á Monserrate. (1) Nariño propuso á Baraya que tuviesen una entrevista en Usaquen, la cual se fué en el llano entre solo los dos jefes; pero sin adelantar nada en favor de la paz. El mismo Nariño solicitó luego de Baraya, un acomodamiento por medio del cabildo eclesiástico y del secular; pero este jefe no dió á los comisionados mas que esta respuesta: "Que se reponga el gobierno al ser en que se hallaba el 9 de setiembre: que se me entreguen todas las armas y pertrechos; y rindiéndose la ciudad á discrecion, espere la clémencia del vencedor; de lo contrario, entrar en ella á sangre y fuego." He aquí el lenguaje con que el general de la Union contestaba á todos los mensajeros de paz. Dirigió Nariño un oficio á la comision del congreso, proponiendo un arreglo, sujetándose á lo que este cuerpo exigia, sin pedir mas que garantías para los habitantes de la ciudad en sus personas é intereses; un olvido absoluto sobre todo lo pasado, y que se le diese su pasaporte para irse fuera del Estado con su familia y demas personas que lo solicitasen. Tampoco fué atendido. Así era como se queria evitar la efusion de sangre, denegándose hasta á las mismas condiciones que ántes se exigieran del gobierno de Cundinamarca para guardar paz. El mismo Córdas acusó despues esta dureza de su general.

Estas repulsas cuando se decia, y no sin fundamento, que á los pueblos del Socorro y Tunja se les habia interesado en la guerra contra Santafé, con ofrecimientos de saqueo, ponian en gran cuidado y alarma á las gentes de la capital, que por el hecho, creian comprometidos á esos jefes con la chusma en que se apoyaban, y á la cual tendrían que complacer; porque esta es la ley á que se sujetan los que halagan los malos instintos de la plebe para que los sostenga.---; Qué! ¿y no se recordaban también los clamores tumultuarios de las insubordinadas montoneras de

(1) El señor Restrepo, en su *Historia de Colombia*, dice que Baraya "pretendia un imposible, que era rendir por hambre á la capital para evitar la efusion de sangre." ¡Qué humanidad la del general de la Union! como si fuera peor que murieran en combate los que defendieran la ciudad, que el que murieran de hambre, junto con estos, miles de pobres gentes, viejos, criaturas inocentes, mujeres y cuanto muere en las ciudades sitiadas. ¡Morir de hambre! cuando hasta el gobernador de la insula Barataria sabia que era la peor de todas las muertes!

los comuneros del Socorro contra Santafé en 1782? Pero Nariño había ganado mucho en fuerza moral. Todo el clero lo rodeaba ofreciéndole sus servicios. El les pedía oraciones y rogativas. Si adentro tenía otra cosa, Dios lo sabe; pero que con esto daba buen ejemplo, y que por fuera la cosa le salió bien, es innegable.

Empezaron las rogativas en las iglesias con gran concurso y fervor. Se hacían exhortaciones de penitencia para que se lograra el triunfo de la causa en que estaba interesada la religión, de la cual se quiso hacer enemigo al congreso, no obstante haberse instalado haciendo solemne profesión de la fe católica, bajo los auspicios de María Santísima y en lo cual había procedido con la misma política de Nariño; pero algunas providencias imprudentes que después escandalizaron y dieron que decir, proporcionaron á sus enemigos la ocasión para desacreditarlo en este sentido, haciendo creer á las gentes religiosas que iba á destruir la religión, lo que estaba muy lejos de aquellos hombres, por más que la moda filosófica los dominara.

Los padres agustinos, que desde el 20 de julio se habían hecho notables por su patriotismo, fueron los más activos en esta ocasión. El padre Rósas, capellán de la cofradía de Jesús Nazareno, establecida en la iglesia de su convento, hizo gran papel cerca de Nariño, que nombró por generalísimo de las tropas á Jesús Nazareno. En la capilla de esta sagrada imagen se hicieron las principales rogativas. Invocóse desde entonces el nombre de Jesús con toda fe por el pueblo cristiano, y los padres de San Agustín y recoletos de San Diego repartieron á la tropa y á todos, escarapelas con el nombre de JHS. Todo el mundo se puso *Jesús* en el sombrero, y se colocó hasta en los cañones. Esto se ha llamado *fanatismo* por algunos, como si al vencedor de Maxencio no se le hubiera dicho *in hoc signo vinci* cuando apareció el *lívoro*. No era el fanatismo, sino la fe y el espíritu piadoso que invocaba al Dios de los ejércitos en su ayuda cuando se veían amenazados de una calamidad real y positiva. Si los del gobierno eran hipócritas, eso no impedía que Dios protegiera al creyente que invocaba su nombre con fe. Ni ¿cómo serían fanáticos los sacerdotes que exhortaban al pueblo á que invocase el nombre de Jesús en el conflicto? Otra cosa era que Nariño se aprovechase hipócritamente, si se quiere, de las disposiciones piadosas del pueblo para sacar partido á su favor; eso no podía impedir que la oración de la fe llegase al cielo, y menos cuando la causa que este hombre sostenía no era inicua ni injusta, y cuando las proposiciones de paz habían sido desatendidas con tanto orgullo por los contrarios, lo que era una verdadera iniquidad.

El espíritu religioso había levantado los ánimos abatidos; había una gran confianza, y lo mejor de todo, reforma de costumbres, porque los confesores no daban abasto para tanta gente que buscaba la reconciliación con Dios, para emprender mejor vida. Ya no se temía á Baraya y los campamentos de San Diego y San Victorino parecían más bien campos de fiestas que de batalla, según el concurso de gente que iba á pasearlos. Nariño, que tenía un valor moral muy grande, se manifestaba tan jovial y contento con todos, como si no tuviera cuidado alguno, y convidaba á las señoras para que fueran á ver el campamento, los fogueos de la tropa y el manejo de la artillería. Dos señoritas, hijas suyas, con divisas militares, hicieron de artilleros una tarde, aplicando una de ellas (1) el botafuego al cañón.

(1) La señora Mercedes Nariño de Ibáñez, que aun vive.

Para quitar todos los recursos á la ciudad, Baraya hizo ocupar el punto de Monserrate. El día 5 de enero, á las cuatro de la tarde, lo atacaba Girardot con su batallón. El destacamento que allí tenía el gobierno, aunque reforzado con un cañón, fué desalojado de aquella altura, de donde sus individuos tuvieron que bajar precipitadamente, con daño de algunos que rodaron, aunque sin costarles más que quedar estropeados. Girardot hizo repicar las campanas de la ermita de Monserrate y formó la tropa para que la vieran desde la ciudad. La población de Santafé entró en agitación y gran cuidado con semejante pérdida. Se creía, por el comun de las gentes, que desde aquella inmensa altura Girardot desbarataría la ciudad con el cañón, ó que bajaría inmediatamente á degollarlos á todos. Esta era la idea principalmente entre las mujeres y los frailes. En las plazas, en las calles, desde los balcones y ventanas, todos miraban para el cerro y mil anteojos se apuntaban en la misma dirección. Uno de los *pateadores* más exaltados y chisperos de buen humor, y de una verbosidad admirable que improvisaba versos con suma facilidad, el clérigo don Juan Manuel García Tejada, salió á caballo por las calles á reanimar la gente, burlándose de los de Monserrate, á quienes apostrofaba desde abajo en términos ridículos, parándose en los estribos y alargándoles la mano para que bajaran, les decía "daca la pata;" y repetía que estaban como loros en estaca, de donde no podrían bajar; y con esto hacía morir de risa á la gente del pueblo, que desde ese momento varió de humor.

El 6 mandó Nariño víveres á Monserrate, con una carta á Girardot en que le decía: "Una de las personas que han venido de ese punto de Monserrate, me ha insinuado la hambre que padecen los prisioneros y las tropas de usted. Apesar del bloqueo que se tiene puesto á esta ciudad y de la inhumanidad con que se quiere arruinarla á sangre y fuego, remito á usted de pronto una carga de arroz, un tercio de carnes y otro de sal para que se socorran sus tropas y me avise lo más que necesite."

Se deja conocer que esto lo hacía Nariño con el disimulado fin de hacer entender á Baraya que en la ciudad había víveres de sobra y que el bloqueo era completamente inútil. De este modo ocultaba la necesidad, que ya se empezaba á sentir, principalmente de sal, y esperaba que Baraya abandonaría el plan de sitio, al mismo tiempo que esta acción aparecía en el público, y para con las tropas enemigas, como un rasgo de generosidad, merecedor de una contestación diversa de la que obtuvo, que fué la siguiente:

"Campamento de Monserrate, 6 de enero. — El acopio de provisiones que he recibido de Suba me ponen en estado de no necesitar de las que usted me remite y devuelvo con el mismo conductor. Sirvase usted, por tanto, evitar estas molestias en lo sucesivo; y tenga entendido que no se trata de arruinar á Santafé, con cuya especie se ha querido difamar á un general de cuya bondad se abusa demasiado, sino de restablecer en ella el orden, de que los abusos de la tiranía la han privado y que muy pronto sentirán los perturbadores del orden público todo el peso de nuestras armas victoriosas." (1)

Esta arrogante contestación del coronel Atanacio Girardot manifiesta la preponderancia que los jefes de la Unión habían creído adquirir sobre Nariño.

(1) Gaceta ministerial de Cundinamarca, 13 de enero, n.º 92.

En este mismo día se aprehendió, en el campamento de San Diego, un espía que andaba disimulado con una jaula de pollos, reparando y oyendo todo cuanto se hacia y decia. Era un esclavo del doctor Hóyos, el representante que venia con la comision del congreso, quien de Usaquen escribia á su mujer una carta, que se cogió, y en que le decia que se fuera á Bosa porque dentro de tres días entrarian á fuego y sangre á destruir al tirano. Al esclavo se le puso en libertad despues de tomarle confesion, pero no quiso volver donde su amo temiendo le castigase. (1)

El día 7, al amanecer, una partida de gente al mando del coronel de ingenieros Mr. Antonio Bailly, sorprendió el destacamento de Usaquen, que mandaba el capitán don Antonio Moráles. Se hicieron treinta prisioneros; se tomaron algunos fusiles y pertrechos. Esta pequeña ganancia sobre el enemigo dió nuevo aliento al ejército de Cundinamarca, cuyo espíritu habia decaído un tanto con la pérdida de Monserrate. El entusiasmo de la poblacion fué grande y todos ocurrieron á la capilla de *Jesus Nazareno* á dar gracias al Señor que ya empezaba á abatir el orgullo de los enemigos; y Mr. Bailly, instrumento de la Providencia en aquel lance, recibia mil felicitaciones. En este mismo día, á las siete de la noche, recibió Nariño un pliego de Baraya, fechado en Fontibon, una hora antes, en el que, por última vez, intimaba se rendiese la ciudad á discrecion, y que de no, entraria en ella á sangre y fuego. Señalaba el término de cuatro horas para que se le diese una contestacion perentoria.

El 8 le contestó Nariño proponiéndole capitulacion, por la cual accedia á todo lo que el congreso habia exigido y solo pedia garantías para los habitantes de la ciudad en sus personas é intereses; y para él y su familia pasaporte para salir de la república. La contestacion fué la misma: *rendirse á discrecion*. Nariño contestó que si se obstinaba en no prestarse á una capitulacion honrosa, se haria una vigorosa defensa hasta derramar la última gota de sangre los habitantes de Santafe. El mismo doctor Restrepo refiere esta obstinacion de Baraya, y Cálidas, coronel de ingenieros del ejército de la Union, escribia despues desde Cartago á un amigo suyo, con fecha 5 de mayo de aquel año, lo siguiente: "Despues que Baraya tuvo "el arrojito de atacar temerariamente á Santafe, contra mi voto expreso y "contra el de los mejores oficiales de la Union, yo no puedo vivir en ese "suelo querido, pero manchado con la sangre inocente de tantas víctimas "sacrificadas á la obstinacion y á la ignorancia. Bendito sea Dios: mis "votos fueron pacíficos: no debo ninguna muerte de las ejecutadas el día "9 en Santafe." (2)

Baraya daba aquella contestacion el día 8 de enero y el 9 al amanecer se avistaron las columnas de la Union en el llano de la Estanzuela. Entraron á la ciudad por la puerta de dicha hacienda. Los enemigos llenaban esas calles y se dirigian á la plazuela de San Victorino, interponiéndose entre la ciudad y las fuerzas del gobierno, cuyo frente y trincheras quedaban á la parte de abajo al empezar la alameda nueva. A las cinco y media ocuparon las bocacalles primera y segunda del Prado, y la parte superior de la plazuela. Inmediatamente se rompió el fuego en el campo del gobierno de Cundinamarca, el cual sostuvieron con el mayor valor trescientos soldados solamente. Los de la Union, resguardados con las

(1) Gaceta ministerial de Cundinamarca, 13 de enero n.º 92.

(2) "La Siesta," número 11, octubre de 1852. Biografía de Cálidas por el señor Lino de Pombo.

tapias de los solares y casas del barrio, no podian recibir mayor daño del fuego que se les hacia desde la tercera calle del Prado y así lo sostuvieron por hora y media; pero habiéndose llevado algunas piezas de artillería de grueso calibre á la izquierda é izquierda, y aprovechándose algunos tiros de metralla, ya no pudieron sostener el puesto y huyeron precipitadamente. Entonces la infantería cargó á la bayoneta sobre la artillería, que acababan de conducir al campo, y la tomaron, distinguiéndose en esta acometida las mujeres, que andaban alcanzando pertrechos y ayudando á arrastrar los cañones. Tocóse el clarín á la carga y la poca caballería del gobierno completó la derrota. Quedaba aun un escuadrón de caballería de la Union formado frente al Egido; se le dirigió un cañonazo de grueso calibre, y el estruendo bastó para que huyesen en desorden hasta perderse de vista en el llano. Inmediatamente se dividió en guerrillas la fuerza de Cundinamarca, que constaba de poco mas de mil hombres, con el objeto de hacer prisioneros, en cuya pesquisa no se distinguieron ménos las mujeres que, armadas de cuchillos, desarmaban á los derrotados y los entregaban á otras que los rodeaban por todas partes para que los soldados no tuvieran que ocuparse en custodiarlos y pudieran seguir la persecucion.

Entre tanto Girardot no hacia mas que ser expectador de la derrota desde Monserrate, y esto con los trescientos veteranos, que era lo mejor del ejército de la Union; de manera que parecia estarse cumpliendo los burlescos apóstrofes del doctor Gareía Tejada. Desde allí tuvo á bien retirarse para Tunja con su gente y los prisioneros, que dejó en Ventaquemada. Si al amanecer del 9 baja Girardot con su gente, entra á la ciudad por la parte oriental sin que nadie le hubiera resistido; y como por la occidental el ejército de la Union habia ocupado la plazuela de San Victorino dejando en la parte de abajo, á la alameda, la fuerza de Cundinamarca, la ciudad estaba por de ellos, y sus defensores afuera y en un solo punto descubierta por todas partes, donde los habrian rodeado y hecho entregar las numerosas tropas de Baraya.

Y porqué no bajó Girardot? ¿Qué oficio desempeñaba en Monserrate en esos momentos?—No se comprenderia semejante conducta sin la explicacion siguiente.

Se supo por uno de los prisioneros de Monserrate, que el 8 por la noche habia recibido Girardot una orden de Baraya en que le decia que al otro día atacaba la ciudad por San Victorino; pero que se mantuviera en aquel punto sin desampararlo.

¿Y á qué fin esta orden de Baraya? ¿No deberia haber sido al contrario para que hubiesen obrado en combinacion sus fuerzas?

Se supo que Nariño habia cogido y ganádose al conductor de la orden de Baraya y suplantádola en sentido contrario del que contenia, que era para que bajara al amanecer. Esto que ahora parecerá difícil de suceder, entonces no lo era, porque las órdenes y correspondencia de los ejércitos no se ponian en papel timbrado sino manuscritas.

Volvamos al campo de San Victorino, que nos presenta mil escenas.

Entre tanto prisionero que se trae al campo de la victoria y que la multitud rodea con ansiosa curiosidad y el orgullo del triunfo, se presentan: el doctor J. Hoyos, el diputado Ordóñez, veinticuatro oficiales de todas graduaciones, entre los cuales se veian el capitán Rafael Urdaneta, el coronel José Ayala, que se presentó furioso con los dedos de la mano

derecha cortados, por haberle cogido la hoja del zable al oficial que lo hizo prisionero, y el teniente Francisco de Paula Santander. De tropa se habian hecho cerca de mil prisioneros, y de elementos de guerra tomábase 27 piezas de artillería, 300 fusiles y gran cantidad de pertrechos. Se recogieron muchas lanzas, zables y algunas escopetas. No fué considerable el número de muertos, pero sí el de los heridos, que inmediatamente se llevaron al hospital.

No hay términos con qué expresar el regocijo que causó este triunfo en la población, que se veía libre despues de tanto tiempo de amenazas y cuidados. Todos querian abrazar á Nariño y á sus soldados; todos contaban; todos preguntaban. En medio de este torbellino de alegría apareció en su caballo el clérigo don Juan Manuel García Tejada, quien saludando á Nariño con el sombrero en la mano, dijo:

Al estruendo de un cañon
Mas fanfarron que travieso,
Cayó el supremo congreso
Y las tropas de la Union.

La primera orden que dió Nariño al decidirse la accion fué que se tratase bien á los prisioneros; que no se les insultase ni se les faltase en nada. Todos los soldados fueron conducidos á los cuarteles: los heridos al hospital de San Juan de Dios. Las señoras de la familia de Nariño sirvieron ellas mismas un abundante almuerzo á los prisioneros de distincion; luego fueron con otras muchas señoras al hospital á socorrer á los heridos.

Don Juan Jurado tuvo la comision de recibir y alojar á los prisioneros, y los principales sugetos de la ciudad contribuyeron con dinero para socorrer á los soldados y heridos, dando algunos hasta cien pesos. El dia 10 las monjas de Santa Clara dieron una abundante comida á los soldados prisioneros.

A los jefes y oficiales se les condujo al convento de las Aguas. Se comisionó á don José Arjona para que condujese á Urdaneta y Santander, quienes quisieron hacer algunas visitas de paso, y como el conductor tenia advertencia de tratarlos con toda consideracion, les dió gusto en llevarlos á hacer tantas visitas que gastaron en ellas toda la mañana. Ese dia almorzaron primero los soldados prisioneros que los vencedores, porque Nariño quiso que se les atendiese primero que á estos.

Luego que se dispuso de los prisioneros, la caballería recorrió las principales calles de la ciudad con el Jesus en el estandarte, victoreando únicamente á este sagrado nombre. Don José María Araus, oficial de la caballería, quiso ir á su casa en aquellos momentos á abrazar á su familia; iba solo por la calle de los Carneros y al pasar por frente á unas ventanas le dispararon un tiro con que murió inmediatamente. No se pudo saber quién habia sido el matador alevoso, porque la casa estaba desocupada y cuando entraron á registrarla no hallaron persona.

Una guerrilla que habia ido hasta Techo, distante una legua de la ciudad, trajo prisioneras á unas señoras *carracas* que se habian salido de Santafé y reunidose desde Usaquen con las tropas de Baraya, para gozar de los honores del triunfo á su entrada en la capital. A estas prisioneras las mandaron para sus casas.

Nariño decretó un escudo de honor á los vencedores, el cual consistia en un círculo de mas de dos pulgadas de diámetro con la fecha 9 de enero. Este escudo lo llevaban en el brazo; para los jefes era de plata dorada; y para los oficiales y tropa, de paño encarnado, con la inscripcion bordada en oro para los unos, y en seda para los otros. Se le puso á Jesus Nazareno tambien, como á generalísimo; y en la procesion del miércoles santo siguiente se le sacó con él en el brazo. El señor Restrepo dice que "poco faltó para que á Jesus Nazareno se le nombrase generalísimo de las "tropas de Nariño." No se le estendió despacho por la secretaría, pero se le proclamó por tal y se le puso el escudo en el brazo; y que con esta insignia se le sacó en la procesion del miércoles santo, lo vimos nosotros con nuestros propios ojos.

CAPÍTULO LIV.

Nariño da parte del suceso del 9 de enero al presidente de la Union—Contestaciones entre estos y el doctor Castillo, gobernador interino de Tunja—De acuerdo con la legislatura de Tunja, Castillo proponia á Nariño la adopcion de un gobierno central en el reino—El presidente de la Union propone tratados á Nariño—Se nombran plenipotenciarios—El presidente Tórres depones su aspereza y lleno de júbilo comunica á Nariño las noticias del triunfo del brigadier Bolívar sobre Correa en Cúcuta—Queda establecida la buena armonía entre el congreso y Nariño—Los tratados—Dificultades que se ofrecen—Son allanadas porque ya el gobierno de la Union tenia que buscar la paz de véras—Conducta infiel del gobierno de Cundinamarca en el negocio del arzobispo—La causa de los obispos siempre ha estado mal en la república—¿Si ha sido el *fanatismo* filosófico ó el *fanatismo* religioso lo que ha enagenado al gobierno la opinion de los pueblos?—Nariño planta en la plaza de la capital el árbol de la libertad y el doctor Herrera en Honda—Un retazo de filosofía sobre esto—El árbol de la libertad produjo sus frutos el mismo dia de sembrado—El coronel Bailly los cosecha—El pueblo entiende las cosas en sentido absoluto—Los políticos que no tienen presente esto arruinan la sociedad—Cisma de los dominicanos de Tunja—Auxilios dados por Cundinamarca al coronel venezolano Félix Rivas—Nariño recibe un oficio de Bolívar lleno de honrosas expresiones por este auxilio—Nariño reúne el colegio electoral, depones ante él las facultades dictatoriales y renuncia la presidencia del Estado—Los representantes declaran restablecido el orden constitucional y no admiten la renuncia de Nariño.

El dia 11 de enero ofició Nariño al presidente de la Union, doctor don Camilo Tórres, diciéndole: "Bien presto habrá llegado á noticia de V. E. "y el congreso la verdadera derrota que han sufrido las numerosas tropas "que, con el nombre de ejército de la Union, atacaron á esta capital al "amanecer del dia 9 de este mes. En efecto, despues de haberla afligido "con un rigoroso acedio de muchos dias; despues de haberse desatendido "las reiteradas medidas de conciliacion que de esta parte se arbitraron en "obsequio de la paz y de la humanidad; despues, en fin, de haberse "despreciado con increíble orgullo y todo el aire de tiranía las mas hu-